

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

QUIEN Y QUIEN

LA TIERRA DEL FUEGO

VAMOS a salirnos, en punta de pie, de todo lo que se ha escrito acerca de la Tierra del Fuego, para escribir lo nuestro, nuestras impresiones, ahora lejanas y, sin embargo, tan presentes como cuando visitamos aquella comarca austral, que nos dejó en los ojos y en el alma sus cielos y sus pájaros marinos.

Poco podría añadir la fantasía del más audaz decorador a estos escenarios naturales de bosques, acantilados, lagos como el Fagano, o tan bello y hermoso como el Nahuel-Huapi. Pero, en medio de este escenario grandioso, único, vemos desarrollarse el drama vivo de las especies y del hombre en lucha sin igual por la subsistencia.

Empezaremos por el hombre. Estas tierras están pobladas por los onas, yaganes y acalufes, supervivientes después de diez mil años de existencia, según se ha podido establecer por restos humanos hallados en las cenizas volcánicas. La población viste cueros de guanaco y nutria, habitan en chozas y viven de la caza y la pesca, muy primitivamente. Los onas ocupan el norte y la zona pampaeana de la isla, los yaganes o yamanes se extienden al sudeste del estrecho de Magallanes, y los Indios acalufes, en la región occidental. Entre sus tradi-

ciones, la que mejor conservan y la que más llamó nuestra atención, es la que se refiere a lo que se llama el «lenguaje de la fogata».

Imaginar este lenguaje es trasladarse a un mundo de sueño. El idioma del fuego y el humo. El humo que se hace nube y el fuego que se hace estrella, no sin antes servir de comunicación a estos hombres que se hablan, por medio de sus fogatas, a distancia.

Una sola columna de humo, demanda de socorro; dos columnas de humo, noticia de haberse perdido una canoa; tres de estas columnas móviles, la muerte de alguien, y cuatro columnas de humo, la aparición de una ballena.

Las columnas de humo, el «idioma de las hogueras», se pierden en el azul más azul de un cielo metálico, infinito, poblado de aves de la región faguina, desde el águila de alas caudalosas hasta el cisne de plumaje de nieve, desde los patos anteojudos hasta el refinado pingüino, vestido de frac, diríamos cursivamente y... a distancia, donde la luz antoja tornarse polvo de tierra roja, fuego encendido sobre el azul profundo, las mismas hogueras acompañan inmensas manadas de caballos salvajes.

Pero hay otra riqueza en la Tierra del Fuego: las ilimitadas llanuras en que parece amontonarse la nieve, cuando se ven de muy lejos, y que de pronto, ya vistas de más cerca, aquel blanco que se mueve es lana de los rebaños, rebaños que son el «oro blanco» de la región.

Miles y miles de ovejas se mueven en el horizonte, como columnas de humo blanco, en el idioma de la riqueza de estas tierras fueguinas, donde nos informan se halla el plantel de esquila más importante del mundo y no son pocos los expertos que llegan hasta aquí para conocer de cerca los sistemas empleados en la cría de las ovejas y su aprovechamiento.

La noche va tomando el tinte de un inmenso murciélago y pensamos que sobrevive la leyenda indígena de la esposa de Kyanin, el héroe de los aborígenes fueguinos, la amorosa y malafortunada Okita, que se convirtió en murciélago para cubrir la sombra de los ojos de sus perseguidores y poder escapar a favor de este sortilegio.

Miguel Angel ASTURIAS
Premio Nobel

PACIENTES

EL DOLOR, Y SUS MAS Y SUS MENOS

ESTO también es importante: el profundo cambio, que de un tiempo acá, experimenta la valoración moral del sufrimiento físico. La sociedad en curso no es nada partidaria del dolor. Desde luego, cuesta creer que nunca, la humanidad lo haya sido. Más bien todo lo contrario. Una de las primeras, de las más antiguas promociones de cultura que montaron nuestros antepasados de la selva o de la caverna fue, sin duda, el curanderismo. Unas veces invocando a los espíritus, otras mediante la administración de pocimas mejor o peor calculadas, el «mago de la tribu» pretendía poner remedio a enfermedades, a heridas, a cualquier forma de malestar corporal. De aquello se pasó a lo de ahora —a la clínica sabia y de grandes pertrechos— a través de una historia larga y titubeante, relictamente acelerada y con un futuro todavía enigmático ante sí. En cada momento, la gente se aprovechó lo que pudo y como pudo de los recursos que los facultativos tuvieron a su alcance. A nadie le gusta padecer, en efecto. Sin embargo... Durante siglos, algunas solemnes corrientes de pensamiento instalaron en el fondo de sus doctrinas la idea de que el dolor no era inútil desde el punto de vista ético o religioso: afirmaban que ennoblecía al hombre, y hasta que le servía para obtener méritos de Indole superior. El estoico y el asceta constituyen dos «arquetipos», fáciles de identificar en la mayoría de las civilizaciones conocidas.

Ignoro lo que ocurre en otras partes. Aquí, en Occidente, estas actitudes han retrocedido de manera notoria. El viejo repertorio de ejemplos heroicos, de resignación, e incluso de mortificación sistemática, que antaño se invocaba desde las cátedras, los pulpitos y los libros, ha sido archivado. Algunos observadores precipitados aseguran que la población actual se apunta al hedonismo: entiéndase, al placer desfachateado y

sin frenos. Nada más lejos de la verdad. La ciudadanía en cuestión acostumbra a practicar un programa de vida considerablemente morigerado, y lo hace, por cierto, inducida por el deseo de esquivar el dolor. Hoy el vecindario ayuna y se abstiene de lo que convenga casi con el mismo rigor con que lo hacía un filósofo del Pórtico o un cartujo medieval: la razón de sus privaciones es conseguir una salud regular y duradera. Digan lo que quieran las aves de mal agüero, y pese a la abundancia de una literatura sonriente —de W. Reich a H. Marcuse— muy característica, la época no se distingue por su empuje orgiástico. Ni mucho menos. Y ya que andamos metidos en ello, no estará de sobra advertir un detalle: para confeccionar alguna de las películas más jocosamente escandalosas de las últimas temporadas, han tenido que acudir a Chaucer y a Boccaccio. No siempre ni en todas partes reinó la reina Victoria de Inglaterra. A menudo se olvida esta circunstancia.

Mi opinión es que hoy día las multitudes son bastante más virtuosas que nunca. Se abusa menos de los Siete Pecados Capitales, en general. Es una lástima que la comparación con «cualquier tiempo pasado» sea imposible, en términos estadísticos. En fin... Pero sí es indiscutible que le hemos perdido el respeto al dolor. Al sentido reverencial del dolor, en todo caso. En el panorama de lecturas a que nos vamos habituando, un espectáculo como el de Leon Bloy resultaría inadmisibles. Por supuesto, tampoco llegó a serlo mucho en sus años crispados: Bloy ya resultaba incómodo para sus propios contemporáneos. Refocilarse en la miseria y en la llaga, cuando la revolución industrial iba viento en popa, era una aberración. Hoy vendría a sugerir el consejo del psiquiatra. Entre los libros que se nos sirven, no son pocos los que explican angustias tan desgarradas como las de aquel

escritor del XIX. La diferencia es que el material aludido se presenta con toda su fastuosa inanidad moral: sedismo o masoquismo son las calificaciones usuales, y sabemos a qué ateneos acerca del particular. El sufrimiento voluntario es un asunto complejo. Sexual, político, económico, o meramente porque sí, gratuito, ingilido o recibido, pide ser analizado bajo otro nombre: violencia. El dolor de que pretendo hablar es el otro: el del reúma o la úlcera, el de la víscera discolorada, el del hueso roto, la jaqueca o el cáncer, la muela inoportunamente corrupta...

Eso de las muelas pertenece a la tradición más elemental y, a la vez inocente del «dolorismo» humano. Salvo complicaciones adustas, la aflicción —tan corriente— de la dentadura no suele poner en juego la vida del paciente. Quizá por eso mismo el tormento que produce se convierte en un desafío irritante. En una de aquellas gloriosas truculencias de Shakespeare —«Otelo», me parece—, un personaje desliza estas palabras: «Para todo el mundo es posible dominar el sufrimiento, excepto para quien de veras lo tiene que aguantar. Nunca se ha visto a un filósofo que haya soportado pacientemente un dolor de muelas.» Cito de memoria, y las palabras no serán, quizás, exactas. Valen, en definitiva. Nos llevan, además, a denunciar el componente de hipocresía que siempre hubo en las retóricas «magnificaciones» morales del dolor. Dejo de lado a los «amateurs» del suplicio en la propia anatomía. Las personas normales prefieren eliminar el riesgo, con dentífricos, o mitigar sus insolencias, con píldoras adecuadas... Profilaxis y terapéutica, dietas y quirofanos, gimnasia y farmacia: la cruzada contra el dolor es unánime y absoluta. A eso se reduce todo el llo pendiente, sin descontar los problemas del aborto y de los contraceptivos, el Código de la

Circulación y las vacaciones pagadas. Guste o no, todas estas manobras son solidarias, y, a la corta o a la larga, se saldrán con la suya. Digo.

El dolor pierde su rango axiológico. Queda, de momento, la eventualidad del «mártir»: del sacrificio físico asumido, en una situación de batalla o de tortura, por una bandera o por otra. Pero también esto va en decadencia. Una sociedad con muchos médicos y muchos boticarios, y con una industria de la alimentación más o menos próspera, no acaba de ser favorable a los gestos explosivos: sus beneficiarios, lógicamente, se aferran a las ventajas brindadas por la chamba. Si convenimos en llamarlo «conformismo» no habremos adelantado un paso en la comprensión del fenómeno. La predisposición a eludir el dolor es tan «natural», que no exige justificaciones. La alternativa «ideológica», sucesivamente engañosa, se desinfla. Y, frente a los modelos anteriores del anacoreta y de la mafeja, se plantean las cosas ante el consultorio del galeno más asequible. En ello apenas intervienen los «ideólogos». Es frecuente achacarles la culpa a los que escriben papeles, y la realidad es que la clientela de que disponen suele significar un porcentaje ridículo del censo electoral y extraelectoral. El proceso va de por sí: no necesita apoyos de charlatanería. El dolor está en decadencia: por desgracia, decirlo así suena a tontería, porque el dolor no cede, nos asalta cada mañana, se repite incansablemente... Pero, al menos, ya se desprende de las percalnas siniestras con que lo adornaron los manipuladores de la Metafísica.

Joan FUSTER

DOMINGO

Un 747 de JAL vuela a Tokio por la ruta polar



Agentes para España: AUCONA
Vía Layetana, 2 - Telef. 319 8212 - BARCELONA-3

Oromar-1 Sube como el Oro

CABO-SALOU apartamentos gran lujo, de 2-3 habitaciones, a un minuto del mar

Empresa constructora. FOMENTO DE OBRAS Y
Consulten: OROMAR-1 CONSTRUCCIONES, S.A.
BARCELONA, Telf. 2583465 2571806
SALOU, Telf. 381438

AUN
Está a su alcance!

SIN ENTRADA
CREDITO 60 MESES
INTERESES BANCARIOS
SIN AVALES

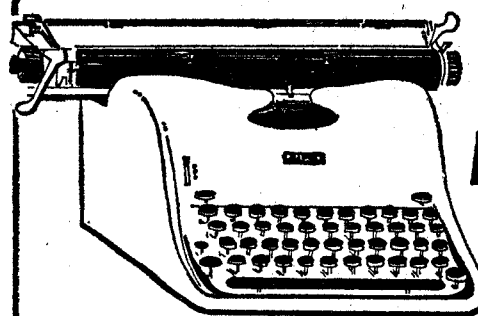
Envíe este cupón a OROMAR-1
P. O. Box. 12 - Barcelona-8
Nombre: _____
Dirección: _____
Ciudad: _____

cambie su televisor

ESCOJA MARCA ABONAMOS HASTA
10.000 PTAS.
POR SU VIEJO TELEVISOR

- Resto facilidades de pago, SIN ENTRADA.
- Primeras marcas.
- Garantizamos, por escrito, el abono del importe de su compra, cuando decida cambiarlo por otro de color.

Infórmese sin compromiso al
250 66 93 TELE-CLUB Avda.
Infanta Carlota, 96-98,
15 AÑOS VENDIENDO TELEVISORES NOS GARANTIZAN!!



aprenda mecnografía al tacto

SISTEMAS SIGHT+ SOUND

CURSOS DE 14, 24 Y 42 DIAS
PARA ALCANZAR 100, 160 Y 300 PULSACIONES POR MINUTO
RESULTADOS GARANTIZADOS

enseñanza audiovisual, s.a.

BALMES, 152 - BARCELONA-8 - TEL. 218 15 12
(Esquina a Córcega)